

El Vacío de los sueños

Peter F. Hamilton

Traducción:
Marta García Martínez



Libros publicados de Peter F. Hamilton:

1. La caída del dragón

LA FEDERACIÓN

1. La estrella de Pandora
2. Judas desencadenado

EL VACÍO

1. El Vacío de los sueños

Próximamente

2. *The Temporal Void*

Título original: *The Dreaming Void*

Primera edición

© Peter F. Hamilton, 2007

Ilustración de cubierta: Jim Burns via Agentur Schlück GmbH

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-685-8 Depósito Legal: B-21674-2011

Impreso por Blackprint CPI

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Prólogo

La nave estelar CNE *Caragana* salió deslizándose por el cielo nocturno, con el casco de color gris y escarlata iluminado por la pálida iridiscencia de las gigantescas tormentas de iones que plagaban años luz del espacio en todas direcciones. Bajo el navío que surcaba el espacio profundo, la estación Centurión formaba una medialuna de luz centelleante sobre la polvorienta superficie rocosa del planeta al que nunca habían dado nombre. Tripulación y pasajeros contemplaron el enclave habitado con una sensación compartida de alivio. Incluso con el hipermotor que los impulsaba a quince años luz por hora, les había llevado ochenta y tres días llegar a la estación Centurión desde la Federación Mayor. Ningún ser humano había llegado mucho más allá a mediados del siglo xxxiv, por lo menos con cierta regularidad.

Desde el sofá que ocupaba en el salón principal, Íñigo estudiaba con indiferencia aquel paisaje extraño que se iba acercando. Lo que estaba viendo era lo mismo que los archivos del informe habían proyectado meses antes: una monótona planicie de lava antigua y ondulada con barrancos poco profundos que no llevaban a ninguna parte. La enrarecida atmósfera de argón agitaba la arena en efímeras ráfagas que perseguían tenues remolinos de una duna a otra. Era la estación lo que reclamaba en realidad su atención.

Ya estaban a solo veinte kilómetros del suelo y las luces comenzaron a resolverse en formas más nítidas. Íñigo pudo distinguir con claridad la gran cúpula ajardinada del centro de la sección humana del segmento más septentrional de la medialuna habitada: un círculo de color esmeralda radiante convertido en eje de una docena de tubos negros de transporte que conducían a grandes bloques de alojamientos que se podrían haber transplantado desde cualquier entorno exótico de la Federación. Desde allí, los tubos continuaban cruzando la lava hasta las instalaciones cúbicas del observatorio y los módulos de mantenimiento de los ingenieros.

La tierra acribillada del sur pertenecía a los hábitats alienígenas: formas y estructuras de geometrías y tamaños variados, la mayoría iluminada. Junto a las humanas estaban las burbujas plateadas de los hominoides golant, seguidos por los pastos vallados que recorrían los ticoth entre sus rebaños de alimentos; después estaban los descomunales tanques interconectados de los suline (una especie acuática). La

anodina torre de los ethox se alzaba diez kilómetros más allá de los lagos revestidos de metal de los suline, oscura en el espectro visible pero con una temperatura en la superficie de ciento ochenta grados centígrados. Era una de las especies que no interactuaba con sus compañeros de observación a ningún nivel salvo los intercambios formales de datos referidos a las sondas que dibujaban una órbita alrededor del Vacío. Igual de taciturnos eran los forleene, que ocupaban cinco grandes cúpulas de cristal turbio que brillaba con una suave luz del color de la genciana. Claro que eran de lo más sociable si los comparabas con los kandra, que vivían en un simple cubo de metal de treinta metros de lado. Ninguna nave kandra había aterrizado allí desde que los humanos se habían unido a la observación doscientos ochenta años antes; ni siquiera los jadradesh, cuya vida era excepcionalmente larga, habían visto a uno de esos alienígenas. Los raiel habían invitado a aquellos moradores de las ciénagas con pinta de cantos rodados a unirse al proyecto siete mil años antes.

Una sonrisita destelló en el rostro de Íñigo cuando empezó a reconocer las diferentes zonas. Era impresionante ver tantas razas alienígenas reunidas en un solo lugar, una colección que servía para subrayar la importancia de su misión. Sin embargo, cuando su mirada se perdió entre las sombras arrojadas por la estación, tuvo que admitir que los vivos quedaban eclipsados por completo por todos los que habían pasado antes que ellos. La antigüedad y el crecimiento de la estación Centurión se podían medir del mismo modo que los de cualquier humilde árbol terrestre. Se había desarrollado en anillos que se habían ido añadiendo a lo largo de los siglos, a medida que nuevas especies se unían al proyecto. El amplio círculo de tierra que había junto al lado cóncavo de la medialuna estaba abarrotado de ruinas, esqueletos desmoronados de hábitats abandonados milenios antes, cuando las civilizaciones que los habían patrocinado habían caído, habían seguido su camino o habían evolucionado y dejado atrás las meras preocupaciones astrofísicas. En el centro de todo, las antiguas estructuras se habían ido desmoronando hasta dejar simples montículos de metal compactado y escamas de cristal que ya ningún arqueólogo sería capaz de descifrar. Las varias expediciones de datación realizadas habían establecido que ese antiguo corazón de la estación se había construido más de cuatrocientos mil años antes. Claro que, a juzgar por la cronología de las observaciones raiel, tampoco había pasado tanto tiempo.

Un anillo de luz verde destelló en el campo de lava que servía como aeropuerto espacial de la sección humana para atraer al CNE *Caragana*. Había varias naves espaciales posadas en la roca gris situada junto a la zona activa de aterrizaje: dos imponentes navíos para cruzar el espacio profundo de la misma clase que el *Caragana* y unas cuantas naves más pequeñas, utilizadas para colocar y reparar las sondas controladas por control remoto que monitorizaban de forma constante el Vacío.

Se produjo una ligera sacudida cuando la nave espacial se posó en el suelo y después se conectó el campo de gravedad interno. Íñigo notó que se alzaba un poco sobre los cojines del sofá cuando se impuso la gravedad del setenta por ciento del planeta. En el salón se hizo el silencio mientras los pasajeros se acostumbraban y después estalló un alegre murmullo de conversaciones para celebrar la llegada. El jefe de sobrecargos de la nave les pidió a todos que se dirigieran a la cámara estancia principal, donde podrían ponerse los trajes y acercarse caminando hasta la estación. Íñigo esperó hasta que

salieron sus colegas más impacientes antes de ponerse de pie con cautela y abandonar el salón. En realidad él no necesitaba un traje espacial, su biónica superior podía envolverle el cuerpo con un sistema de seguridad perfecto y protegerlo de la enrarecida atmósfera maligna e incluso de la radiación cósmica que caía como aguanieve de las gigantescas estrellas de la Pared, situada a quinientos años luz de distancia. Pero el caso era que había viajado hasta allí en parte para huir de un legado que no deseaba y tampoco era el momento de hacer alardes, así que empezó a ponerse el traje junto con todos los demás.

La fiesta de transferencia de poderes era una larga tradición en la historia de la estación Centurión. Cada vez que llegaba una nave de la Marina con el nuevo grupo de observadores, y antes de que el grupo anterior partiera, había un corto periodo en el que ambos grupos coincidían. El momento se celebraba al atardecer en la cúpula ajardinada, con una gala que poseía el mejor bufé que los programas de la unidad culinaria podían ofrecer. Se instalaban mesas bajo antiguos robles que resplandecían con cientos de faroles mágicos y la cúpula se adornaba con un halo de crepúsculo dorado. Una proyección sólida de un cuarteto de cuerda tocaba música clásica ambiental en un pequeño escenario rodeado por un arroyo.

Íñigo llegó bastante pronto, ajustándose todavía las mangas de su traje de etiqueta ultranegro. No terminaban de gustarle los largos faldones cuadrados de la americana (eran demasiado modernos para su gusto), pero tenía que admitir que el sastre de Anagaska había hecho un trabajo fantástico. Incluso a aquellas alturas, si querías ropa de calidad, tenías que acudir a un humano que supiera lo que hacía a la hora de diseñar y cortar una prenda. Íñigo sabía que le quedaba bien, de hecho, lo bastante como para no sentirse en absoluto cohibido.

El director de la estación estaba saludando a todos los recién llegados en persona. Íñigo se unió a la corta cola y esperó su turno. Vio varios alienígenas arremolinados alrededor de las mesas: los golant, que tenían un aspecto extraño con aquella ropa que se parecía a la utilizada por los humanos. Con su piel de color gris azulado y las cabezas altas y estrechas, su cortés intento de fundirse con los demás solo los hacía parecer más fuera de lugar que nunca. Había un par de ticoth hechos un ovillo en la hierba, ambos del tamaño de un poni, aunque ahí terminaba todo parecido. Era más que obvio que eran depredadores carnívoros con su piel de color verde oscuro estirada y tensa sobre unas franjas de poderosos músculos. Unos dientes afilados de un tamaño alarmante aparecían cada vez que se gruñían entre sí o le gruñían al grupo de humanos con quienes estaban conversando. Íñigo comprobó por instinto la función de su campo de fuerza integral, y después se avergonzó de haberlo hecho. También había presentes varios suline que flotaban en unos grandes tanques de cristal semiesféricos, como gigantescas copas de champán sostenidas por pequeñas unidades de gravedad. Sus traductores parloteaban sin cesar mientras las criaturas miraban a los humanos con los cuerpos bulbosos distorsionados y magnificados por el cristal curvado.

—Íñigo, supongo —proclamó la resonante voz del director—. Me alegro de conocerte, y llegas temprano para la fiesta; muy loable, chaval.

Íñigo sonrió con expresión deferente y profesional mientras estrechaba la mano de aquel hombre alto.

—Director Eyre —lo saludó. El currículum de los archivos del informe no le había contado mucho sobre el director, aparte de afirmar que tenía más de mil años. Íñigo sospechaba que los datos estaban corrompidos, aunque desde luego el atavío del director era lo suficientemente histórico: una americana corta y una falda escocesa a juego con un chillón tartán de color amatista y negro.

—Oh, por favor, llámame Walker.

—¿Walker? —inquirió Íñigo.

—Diminutivo de LionWalker. Es una larga historia. No te preocupes, chaval, que no te voy a aburrir con ella esta noche.

—Ah. Bien. —Íñigo no bajó la mirada. El director tenía una espesa mata de pelo castaño pero había algo que brillaba debajo, como si su cuero cabelludo estuviera plagado de motas doradas. Por segunda vez en cinco minutos, Íñigo se contuvo y no utilizó la biónica. Un escáner de campo le habría revelado qué tipo de tecnología enriquecía al director; desde luego era algo que él no había reconocido. Tenía que admitir que el pelo le daba un aspecto muy juvenil a LionWalker Eyre, igual que a la mayoría de la raza humana en aquellos tiempos; fuera cual fuera la rama a la que pertenecieran; superiores, avanzados, o naturales, la vanidad se extendía de modo uniforme por todas ellas. Pero la fina perilla gris también le prestaba un aire de distinción, y eso era mucho más deliberado.

LionWalker agitó el vaso largo de whisky y señaló con él el parque oscurecido, entonces los cubitos de hielo tintinearón con el movimiento.

—Bueno, ¿y qué te trae a nuestro célebre puesto avanzado, joven Íñigo? ¿Pensando en alcanzar la gloria? ¿Riqueza? ¿Sexo a espaldas? Después de todo, aquí no hay mucho más que hacer.

La sonrisa de Íñigo se tensó un poco al notar lo borracho que estaba el director.

—Yo solo quería ayudar. Creo que es importante.

—¿Por qué? —La pregunta surgió de repente, junto con los ojos entrecerrados.

—Vale. El Vacío es un misterio que ni siquiera ANA es capaz de desentrañar. Si llegamos a descifrarlo, nuestro entendimiento del universo se habrá multiplicado de un modo muy considerable.

—Ya. Hazte un favor, chaval: olvídate de ANA. Son una panda de aristócratas decadentes con las mentes disecadas. Como si les importara mucho lo que les pasa a los humanos físicos. A los que estamos ayudando es a los raiel, un pueblo que merece cierta inversión. Y hasta esas mentes maestras, tan alegres y torpes, están perplejas. ¿Sabes lo que encontraron los ingenieros de la Marina cuando excavaron los cimientos de esta misma cúpula ajardinada?

—No.

—Más ruinas. —LionWalker echó otro buen trago de whisky.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Estaban prácticamente fosilizadas, no eran más que estratos de polvo de más de tres cuartos de un millón de años de antigüedad. Y por lo que pude entender cuando miré los primeros archivos que los raiel se han dignado a poner a nuestra disposición, la observación lleva mucho más tiempo en marcha. Un millón de años picoteando en el mismo problema. Eso sí que es dedicación. Nosotros no seríamos capaces de hacerlo, somos demasiado mezquinos.

—Hable por usted.

—Ah, debería haberlo sabido, eres todo un creyente.

—¿En qué?

—En la humanidad.

—Supongo que será lo habitual entre el personal de este sitio. —Íñigo empezaba a preguntarse cómo haría para dejar a aquel hombre. El director estaba empezando a irritarlo.

—Tienes toda la razón del mundo, chaval. Una de las pocas cosas que me anima aquí metido, tan solito como estoy. Vaya... allá vamos. —LionWalker echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando la cúpula, donde la capa baja de luz brumosa se iba desvaneciendo. En el techo, el cristal se había hecho transparente por completo y revelaba las inmensas nebulosas antagonistas que atravesaban el cielo. Cientos de estrellas brillaron a través de aquel velo resplandeciente, púas de luz tan intensa que ardían con un color que se inclinaba hacia el violeta y después se tornaba índigo. Se fueron multiplicando hacia el horizonte a medida que el planeta iba girando poco a poco para mirar a la Pared, la ingente barrera de estrellas gigantescas que formaban la capa más externa del núcleo galáctico.

—Desde aquí no podemos ver el Vacío, ¿verdad? —preguntó Íñigo. Sabía que era una pregunta estúpida; el Vacío estaba oculto al otro lado de la Pared, en el mismísimo corazón de la galaxia. Siglos antes, mucho antes de que nadie se aventurara fuera del sistema solar de la Tierra, los astrónomos humanos pensaban que era un inmenso agujero negro. Incluso habían detectado emisiones de rayos equis en el inmenso bucle de partículas sobrecalentadas que giraban alrededor del horizonte eventual, lo que contribuyó a confirmar sus teorías. Pero, hasta que en 2560, durante la primera circunnavegación de la galaxia que tuvo éxito, Wilson Kime capitaneó la nave *Esfuerzo* de la Marina de la Federación, no se descubrió la verdad. Era cierto que había un horizonte eventual impenetrable en el núcleo, pero no rodeaba nada tan natural y prosaico como una mansa superdensa de estrellas muertas. El Vacío era una frontera artificial que protegía un legado de miles de millones de años de antigüedad. Los raiel afirmaban que había un universo entero dentro, un universo fabricado por una raza que había vivido durante los albores de la galaxia y que se había retirado a su interior para consumir su viaje al pináculo absoluto de la evolución. Tras su partida, el Vacío se había dedicado a ir consumiendo poco a poco las estrellas restantes de la galaxia. En eso no era muy diferente de los agujeros negros naturales encontrados que anclaban el centro de muchas galaxias, pero mientras estos empleaban la gravedad y la entropía para atraer la masa, el Vacío devoraba las estrellas de forma activa. Era un proceso que se estaba acelerando de forma lenta pero inexorable. A menos que se detuviera, la galaxia moriría joven, quizá tres o cuatro mil millones de años antes de tiempo, en un futuro lo bastante distante como para que el sol fuera una brasa fría y la raza humana, ni siquiera un recuerdo. Pero a los raiel sí que les importaba. Era la galaxia en la que habían nacido y les parecía que se merecía la oportunidad de vivir toda su vida.

LionWalker lanzó un bufidito divertido.

—No, claro que no se ve. Pero tú tranquilo, chaval; no hay ninguna pesadilla visible en nuestros cielos. Está saliendo la DF7, eso es todo. —Después se la señaló.

Íñigo esperó y un minuto después una medialuna azul celeste se alzó sobre el horizonte. Era la mitad de grande que la luna de la Tierra, con un jaspeado negro extrañamente regular. El joven dejó escapar un suave suspiro de admiración.

Había quince de aquellas máquinas del tamaño de planetas dibujando una órbita dentro del sistema estelar de la estación Centurión: nidos de esferas enrejadas concéntricas, cada una poseía una masa e intersección de campos cuánticos diferentes, la concha exterior era más o menos del mismo diámetro que Saturno. Eran un sistema de defensa construido por los raiel por si alguna fase de aniquilación de estrellas por parte del Vacío atravesaba la Pared. Nadie las había visto nunca en acción, ni siquiera los jadradesh.

—Vale. Es impresionante —dijo Íñigo. Las DF estaban en los archivos, por supuesto, pero una máquina a esa escala y allí, de frente, era una pasada.

—Aquí vas a encajar sin problemas —declaró LionWalker muy contento, y después le dio a Íñigo una palmada en el hombro—. Vete a buscar una copa. Me he asegurado de tener los mejores programas culinarios para la síntesis de alcohol. Puedes tomártelo como un desafío —dijo el director antes de dirigirse al siguiente recién llegado.

Sin quitarle ojo a la DF7, Íñigo se dirigió a la barra. LionWalker no estaba de broma; las copas eran de la mejor calidad, hasta el vodka que manaba de la escultura de hielo de una sirena.

Íñigo se quedó en la fiesta más tiempo del que esperaba. Había algo en verse arrojado entre un grupo de personas con inquietudes parecidas que despertaba instintivamente sus habilidades sociales, por lo general siempre dormidas. Cuando por fin regresó a su apartamento, su biónica ya llevaba varias horas desviando la infiltración de alcohol en sus neuronas. Aun así, Íñigo permitió que una pequeña parte traspasara las defensas artificiales, lo suficiente como para generar una leve embriaguez y todas las ventajas asociadas con ella. Iba a tener que vivir con aquellas personas un año más. No tenía sentido parecer distante.

Mientras se metía en la cama ordenó una desaturación completa. Era una de las fabulosas ventajas de la biónica: fuera resacas.

Y así fue como Íñigo tuvo su primer sueño en la estación Centurión. No era suyo.

Aaron pasó el día entero confundiéndose con los fieles del movimiento Sueño Vivo en la enorme plaza del parque Dorado, dedicado a escuchar a escondidas sus agitadas charlas sobre la sucesión, a beber agua de los puestos de aprovisionamiento móviles y a intentar encontrar un poco de sombra que lo protegiese del sol abrasador y del calor y la humedad costera que no dejaban de aumentar. Creyó recordar que había llegado al amanecer, por lo menos la explanada de losas de mármol estaba casi vacía cuando la cruzó. Las puntas de las espléndidas columnas de metal blanco que rodeaban la zona se habían ido coronando de una luz entre dorada y rosácea a medida que su sol surgía sobre el horizonte. Había sonreído con gesto de admiración al ver el perfil de la reproducción de la ciudad, la topografía que rodeaba el parque Dorado encajaba a la perfección con los sueños que había extraído del campo gaia a lo largo de los últimos... bueno, desde hacía ya algún tiempo. Poco después, el parque Dorado había comenzado a llenarse a toda prisa con los fieles que llegaban desde los demás distritos de Makkathran² a través de los puentes que salvaban los canales o trasladados en una flotilla de góndolas. A mediodía debía de haber cerca de cien mil personas. Todas miraban al palacio del Huerto, que se extendía con aire posesivo como un tropel de altas dunas por todo el distrito Anémona, al otro lado del canal del Círculo Exterior. Allí esperaban con impaciencia mal disimulada a que el Consejo de Clérigos tomara una decisión, la que fuera. El Consejo llevaba tres días ya reunido en cónclave. ¿Cuánto tiempo podía llevarles elegir un nuevo conservador?

En un momento dado de la mañana, Aaron se había ido acercando hasta el mismo borde del canal del Círculo Exterior, cerca del puente de alambre y madera que se arqueaba hacia Anémona. Estaba cerrado, por supuesto, al igual que los otros dos puentes de esa sección. Aunque en circunstancias normales cualquiera, desde los más devotos hasta un simple turista curioso, podía cruzar los puentes y pasear por el vasto palacio del Huerto, ese día lo habían sellado unos clérigos subalternos de aspecto muy sano que se habían sometido a un gran enriquecimiento muscular. A un lado de aquel puente prohibido de momento habían acampado cientos de periodistas procedentes de toda la Federación Mayor, la mayoría indignados ante la obstinada negativa de Sueño Vivo a filtrarles algún tipo de información. Se les identificaba con toda facilidad por

la ropa moderna y sofisticada que lucían y por las caras, que era obvio que mantenían todo su lustre gracias a una membrana de escamas cosméticas. Ni siquiera el ADN de los avanzados podía producir una tez tan tersa como la de aquellos profesionales.

Tras ellos, el grueso de la multitud trajinaba a su alrededor comentando las posibilidades de sus candidatos favoritos. Si Aaron no se equivoca a la hora de juzgar el ambiente reinante, alrededor del noventa y cinco por ciento apoyaba a Ethan. Lo querían a él porque estaban hartos de esperar, de tener paciencia, del *statu quo* predicado por todos los demás cuidadores de medio pelo desde que el propio Soñador, Íñigo, había desaparecido de la vida pública. Querían a alguien que llevara el movimiento entero a ese bendito momento de satisfacción absoluta que les habían prometido desde que habían saboreado el Primer Sueño de Íñigo.

En algún momento de la tarde, Aaron se dio cuenta de que la mujer lo estaba observando. Su instinto ubicó sin complicaciones el lugar desde donde lo miraba la mujer, una habilidad que no dejaba de ser interesante saber que tenía. Desde ese momento fue consciente de su presencia: la despreocupación con la que se paseaba la mujer para mantener una ligera distancia entre los dos, la forma en que nunca tenía los ojos posados en él cada vez que él la miraba. Su observadora vestía una sencilla camiseta de manga corta de color naranja oxidado y unos piratas azules de algún tejido moderno. Un atavío algo diferente del que vestían los fieles, que tendían a lucir las ropas más primitivas y rústicas de lana, algodón y cuero que preferían los ciudadanos de Makkathran, pero no tan contemporáneo como para resultar obvio. Su aspecto físico tampoco la hacía destacar demasiado, aunque tenía una cara más bien plana y una bonita naricita; parte del tiempo unas elegantes gafas de sol de cobre le cubrían los ojos pero también las llevaba con frecuencia apoyadas en el corto pelo oscuro. Era imposible adivinar su edad, su apariencia estaba anclada en unos veintitantos años biológicos, como todo el mundo en la Federación Mayor. Aaron estaba seguro, aunque no tenía ninguna prueba tangible, de que aquella mujer ya había dejado muy atrás su primer par de siglos.

Después de dedicarse a jugar a los satélites durante cuarenta minutos, Aaron se acercó a ella esbozando una sonrisa agradable. La mujer no emitía ningún mensaje electrónico que los racimos macrocelulares de Aaron pudieran detectar, no había enlaces activos con la unisfera ni percibía ninguna actividad de posibles sensores. Electrónicamente hablando, aquella mujer era tan hija de la edad de piedra como la ciudad.

—Hola —dijo Aaron.

La mujer se subió las gafas de sol con la punta de un dedo y le dedicó una sonrisa juguetona.

—Pues hola. ¿Y qué te trae a ti aquí?

—Es un acontecimiento histórico.

—Desde luego.

—¿Te conozco de algo? —Aaron se dio cuenta de que su instinto había acertado de pleno, aquella mujer no se parecía en nada a los plácidos fieles que arrastraban los pies a su alrededor. Su lenguaje corporal no encajaba con ellos, era capaz de mantener un control férreo sobre sí misma, lo suficiente para engañar a cualquiera que no contara con su adiestramiento (*¿él tenía adiestramiento?*), pero a él no le pasaba desapercibido el fuerte carácter que se acurrucaba en su interior.

—¿Es que deberías conocerme?

Aaron dudó un momento. Aquella cara le sonaba de algo, algo que debería saber sobre ella. No se le ocurría el qué por la sencilla razón de que no tenía ningún recuerdo al que pudiera recurrir. Ahora que lo pensaba, ni de ella ni de nadie. No parecía haber tenido ningún tipo de vida antes de ese día. Sabía que eso no podía ser pero, bueno, tampoco le importaba demasiado.

—No recuerdo.

—Qué curioso. ¿Cómo te llamas?

—Aaron.

La carcajada de la mujer lo sorprendió.

—¿Qué? —preguntó.

—El número uno, ¿eh? Encantador.

La sonrisa con la que respondió Aaron le salió más forzada.

—No lo entiendo.

—Si quisieras hacer una lista de animales terrestres, ¿por dónde empezarías?

—Ahora sí que me he perdido.

—Empezarías con el aardvark. Con dos A, es el primero de la lista.

—Ah —murmuró él—. Sí, ya veo.

—Aaron. —La mujer lanzó una risita—. Alguien tenía ganas de broma cuando te envié aquí.

—No me envió nadie.

—¿En serio? —La mujer arqueó una gruesa ceja—. Así que te has encontrado de repente en medio de este acontecimiento histórico, ¿no?

—Más o menos, sí.

La mujer volvió a colocarse las gafas de sol de cobre sobre los ojos y sacudió la cabeza con burlona consternación.

—Hemos venido unos cuantos. Yo no me creo que sea una coincidencia, ¿y tú?

—¿Unos cuantos?

La mujer señaló con una mano hacia la multitud.

—Tú no te contarás entre todos esos borregos, ¿no? ¿Un creyente? ¿Alguien que piensa que puede encontrar una vida al final de esos sueños que Íñigo con tanta generosidad le regaló a la Federación?

—Supongo que no, no.

—Aquí hay muchas personas observando lo que sucede. Después de todo, es importante, y no solo para la Federación Mayor. Si hay una Peregrinación al Vacío, algunas especies afirman que se podría desencadenar una fase de aniquilación que provocaría algo así como el fin de la galaxia. ¿Te gustaría que pasara eso, Aaron?

La mujer había clavado los ojos en él.

—Sería un problema —dijo Aaron para intentar ganar tiempo—. Como es obvio.

—La verdad era que él no tenía opinión alguna. No era algo en lo que pensara mucho.

—Obvio para algunos, una oportunidad para otros.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. —La mujer se pasó la lengua por los labios con un gesto divertido y malicioso—. Bueno, ¿vas a intentar pedirme mi código de la unisfera? ¿Me vas a invitar a una copa?

—Hoy no.

La mujer puso unos morritos exagerados.

—¿Y qué hay de un poco de sexo sin condiciones entonces?, como y donde quieras.

—Voy a tener que dejar eso también para otro momento, gracias —se rió Aaron.

—Así me gusta. —Los hombros femeninos se alzaron en un ligero encogimiento—.

Adiós Aaron.

—Espera —dijo él cuando la vio darse la vuelta—. ¿Cómo te llamas?

—Es mejor que no me conozcas —exclamó ella—. Soy mal asunto.

—Adiós, Mal Asunto.

Había una sonrisa sincera en el rostro femenino cuando se dio la vuelta para mirarlo. Después agitó un dedo.

—Eso es lo que mejor recuerdo —dijo, y desapareció.

Aaron sonrió a la nuca femenina que desaparecía a toda prisa. La mujer se desvaneció entre la multitud; un minuto después, ya ni siquiera era capaz de distinguirla. Comprendió entonces que la había visto en un principio porque así lo había querido ella.

«Hemos venido unos cuantos», había dicho la mujer. «Aquí hay muchos como nosotros.» Eso no tenía mucho sentido. Claro que esa mujer también le había suscitado un montón de preguntas. *¿Por qué estoy aquí?*, se preguntó. En su mente no había ninguna respuesta sólida, aparte de que allí era donde debía estar, quería ver quién salía elegido. *Y los recuerdos. ¿Por qué no tengo ningún recuerdo de nada más?* Eso debería molestarlo, lo sabía (los recuerdos eran el núcleo fundamental de la identidad humana), pero carecía incluso de esa emoción. Qué extraño. Los humanos eran entidades emocionales y complejas, pero él no parecía serlo. Claro que era muy capaz de vivir con eso: había algo en su interior que estaba seguro de que terminaría resolviendo el misterio que su propia persona le planteaba. No había ninguna prisa.

Hacia las últimas horas de la tarde, la multitud comenzó a disminuir al ver que el anuncio seguía resistiéndose. Aaron percibió la decepción en los rostros que pasaban a su lado, un sentimiento del que se hacían eco los susurros de emoción que se oían dentro del campo gaia local. Abrió su mente a los pensamientos circundantes y les permitió atravesar la puerta que las motas gaia habían hecho germinar en el interior de su cerebelo. Era como atravesar una fina bruma de espectros que conferían a la plaza destellos de color irreal, imágenes de épocas desaparecidas mucho tiempo atrás pero recordadas con cariño; los sonidos surgían ahogados, como si se experimentaran a través de la niebla.

El recuerdo que tenía de cuando se había unido a la comunidad del campo gaia era igual de borroso que el resto del tiempo transcurrido antes de ese día, no parecía el tipo de cosa que haría él, demasiado caprichoso. El campo gaia era para adolescentes que consideraban que compartir con todos los sueños y emociones era algo profundo y trascendental, o para fanáticos como los de Sueño Vivo. Pero dominaba lo suficiente el concepto de comunicación voluntaria de pensamientos y recuerdos como para percibir una sensación coherente cuando se exponía a las mentes puras de la plaza. Por supuesto, si había algún sitio donde podía hacerse, tenía que ser allí, en Makkathran2, el lugar que Sueño Vivo había convertido en la capital del campo gaia de la Federación Mayor, con todas las contradicciones que eso implicaba. Para los fieles, el campo gaia

era casi el mismo concepto que la auténtica telepatía que poseían los ciudadanos de la Makkathran real.

Aaron sintió de primera mano el dolor de todos cuando el día comenzó a llegar a su fin, percibió también un fuerte trasfondo de cólera dirigida contra el Consejo de Clérigos. En una sociedad donde se compartían pensamientos y sentimientos, o al menos ese era el consenso general, no debería ser tan difícil llevar a cabo una simple elección. También notó el deseo subliminal que se colaba por todo el campo gaia: la Peregrinación, la única esperanza real del movimiento entero.

A pesar del desconsuelo que lo rodeaba como un viento racheado, Aaron se quedó donde estaba. No tenía nada más que hacer. El sol había caído casi hasta el horizonte cuando se produjo un movimiento en el amplio balcón que cubría la fachada del palacio del Huerto. En toda la plaza, la gente comenzó de repente a sonreír y a señalar con el dedo. Hubo un movimiento ligero pero urgente hacia el canal del Círculo Exterior. Los campos de fuerza de seguridad que había junto al agua se expandieron y amortiguaron el peso de los que se apretaban contra las barandillas cuando la presión de los cuerpos se incrementó tras ellos. Varias cápsulas de cámaras de las agencias de noticias surcaron el aire como globos negros y relucientes en un festival popular, lo que contribuyó a aumentar la excitación del ambiente. A los pocos segundos, el ánimo de la plaza se había levantado, la anticipación era fiera; el campo gaia crujió de repente de emoción y su intensidad se fue elevando hasta que Aaron tuvo que retirarse un poco para evitar verse inundado por el choque de tormentas de color y gritos etéreos.

El Consejo de Clérigos salió al balcón en solemne procesión, quince figuras con largas túnicas negras y escarlata. En el centro caminaba una figura solitaria cuya túnica era de un color blanco deslumbrante ribeteado de oro, con la capucha puesta para oscurecer el rostro que cubría. El sol moribundo se reflejaba en la suave tela y creaba un nimbo alrededor de la figura. Una enorme ovación surgió de las gargantas de la multitud. Las cápsulas de las cámaras se fueron acercando tanto al balcón como sus operadores se atrevieron; los campos de fuerza del palacio vibraron a modo de advertencia para contenerlos. Como uno solo, el Consejo de Clérigos recurrió mentalmente al campo gaia; también se conectó de inmediato con la unisfera para poner el gran anuncio a disposición de toda la Federación Mayor, seguidores y escépticos por igual.

En medio del balcón, la figura de la túnica blanca levantó los brazos y se quitó la capucha poco a poco. Ethan le dedicó una sonrisa beatífica a toda la ciudad y a sus aduladores fieles. En su delgado y solemne rostro había una bondad que sugería que comprendía todos sus miedos, que simpatizaba y lo entendía todo. Todo el mundo vio las ojeras que solo podía producir la responsabilidad de aceptar un cargo tan alto, de llevar sobre sus hombros las expectativas de todos los soñadores. Cuando su rostro quedó expuesto al cálido sol, la ovación de la plaza aumentó. Fue entonces cuando los otros miembros del Consejo de Clérigos se volvieron hacia su nuevo conservador clérigo y aplaudieron satisfechos.

Sin ningún tipo de intervención consciente, las rutinas auxiliares de pensamiento que operaban en el interior de los racimos macrocelulares de Aaron estimularon su zum ocular. Aaron examinó los rostros del Consejo de Clérigos y fue asignando a cada imagen un código integral a medida que las rutinas auxiliares las iban guardando en

lagunas de almacenamiento macrocelulares, listas para una recuperación instantánea. Más tarde las estudiaría en busca de alguna emoción traidora, algún indicador de cómo habían discutido y votado.

Aaron no sabía que tenía la función de zum y le provocó curiosidad. A petición suya, las rutinas de pensamiento secundarias llevaron a cabo una comprobación de sistemas por los racimos macrocelulares que enriquecían su sistema nervioso. Las exoimágenes y los iconos mentales se desplegaron y pasaron de estatus neutral a modo de espera en su visión periférica, las líneas de iridiscencia cambiante cuadrículaban su visión natural. Todas las exoimágenes eran símbolos por defecto generados por su sombra-u, el interfaz personal con la unisfera que lo conectaba al instante con cualquiera de sus ingentes funciones de recogida de datos, comunicación, entretenimiento y comercio. El típico material estándar.

Sin embargo, los iconos mentales que examinó representaban mucho más que los enriquecimientos fisiológicos estándar que el ADN avanzado ponía a disposición de un ser humano; si estaba leyendo bien el resumen, lo habían enriquecido con un armamento biónico de campo extremadamente letal.

Pues ya sé algo más sobre mí mismo, pensó. Tengo genes de avanzados. Lo que tampoco era una gran revelación, el ochenta por ciento de los ciudadanos de la Federación Mayor tenía modificaciones parecidas programadas en su ADN gracias a los genetistas visionarios que habían vivido tanto tiempo atrás en Tierra Lejana. Pero el hecho de disponer también de biónica estrechaba un poco más el campo de acción, lo que acercaba algo más a Aaron a su verdadero origen.

Ethan levantó las manos para pedir silencio. La plaza se quedó callada y los fieles contuvieron el aliento. Hasta la cháchara de la manada de los medios de comunicación se detuvo. Una sensación de seguridad, acompañada por una resolución de acero, emanó del nuevo conservador clérigo y se filtró al campo gaia. Ethan era un hombre que estaba seguro de su objetivo.

—Agradezco a mis compañeros del Consejo este magnífico honor —dijo Ethan—. Al comenzar mi mandato, haré lo que creo que quería nuestro Soñador. Él nos mostró el camino, nadie puede negarlo. Nos mostró dónde se puede vivir la vida y cambiarla hasta que sea perfecta del modo que, como individuos, decidamos definirla. Creo que nos lo mostró por una razón. Esta ciudad que él construyó. La devoción que engendró. Todo tenía un único propósito: vivir el Sueño. Eso es lo que haremos ahora.

Hubo vítores en toda la plaza.

—¡Ha comenzado el Segundo Sueño! Lo hemos sabido en el fondo de nuestros corazones. Vosotros lo habéis sabido. Yo lo he sabido. Nos han mostrado de nuevo el interior del Vacío. Nos hemos encumbrado con el Señor del Cielo.

Aaron volvió a examinar de cerca al Consejo. Ya no le hacía falta revisar y analizar sus caras para después. Cinco de ellos parecían muy incómodos. A su alrededor, la ovación iba aumentando rumbo a un clímax inevitable, igual que el discurso.

—El Señor del Cielo nos aguarda. Él nos guiará a nuestro destino. ¡Peregrinaremos!

La ovación se convirtió en un violento rugido de pura adulación. Dentro del campo gaia era como si alguien estuviera haciendo estallar fuegos artificiales alimentados por narcóticos de recreo. El estallido de euforia que atravesaba el universo neuronal artificial era asombroso en su brillantez.

Ethan saludó victorioso a los fieles y después sonrió por última vez antes de entrar otra vez en el palacio del Huerto.

Aaron esperó a que la multitud se fuera tranquilizando un poco. Había tantos llorando de alegría al irse que Aaron tuvo que sacudir la cabeza, consternado ante la simpleza de aquellas personas. Al parecer, la felicidad allí era universal y obligatoria. El sol se fue ocultando tras el horizonte y reveló una ciudad en la que cada ventana resplandecía con una cálida luz de color mandarina, igual que en la ciudad de verdad. Las canciones comenzaron a flotar por los canales cuando los gondoleros dieron voz a su deleite de la forma tradicional. Con el tiempo, hasta los periodistas empezaron a alejarse sin dejar de hablar entre ellos; los que dudaban no alzaban la voz. En la unisfera, los presentadores de los noticiarios y los comentaristas políticos de cientos de mundos comenzaban a lanzar sus sombrías predicciones sobre el fin del mundo.

Nada de aquello molestaba a Aaron. Él continuaba en la plaza cuando los robots municipales salieron a la luz de las estrellas y empezaron a limpiar la basura que la impresionable multitud había dejado a su paso. Aaron ya sabía lo que tenía que hacer, la certeza lo había golpeado en cuanto había oído hablar a Ethan. Tenía que encontrar a Íñigo. Por eso estaba allí.

Aaron sonrió satisfecho y miró la oscura plaza, pero no había ni rastro de la mujer.

—¿Y ahora quién es el problemático? —preguntó y después regresó caminando a la jubilosa ciudad.

Ethan se asomó al balcón de la fachada del palacio del Huerto y contempló los últimos rayos de sol que se deslizaban sobre la multitud como un barniz dorado translúcido. Los gritos de aprobación casi religiosa resonaban en los gruesos muros del palacio, podía sentir la vibración en la balaustrada de piedra que tenía delante. No era que hubiera experimentado ninguna duda interna durante su largo y difícil viaje, pero la respuesta de los fieles era un profundo consuelo. Sabía que tenía razón, debía luchar por su propia visión, sacar todo el movimiento de su perezosa autocomplacencia. Ese era el mensaje de la evolución: avanzar o morir. Para eso existía el Vacío.

Ethan cerró su mente al campo gaia y salió sin prisas del balcón cuando el sol se hundió al fin por el horizonte. Los restantes miembros del Consejo lo siguieron con aire respetuoso, sus mantos de color escarlata aleteaban agitados cuando se apresuraban para no quedarse atrás.

Su secretario personal, el clérigo jefe Phelim, lo esperaba en la cima de las amplias escaleras de ébano que bajaban dibujando una escalera hasta el cavernoso salón Malfit de la planta baja. Phelim vestía las túnicas grises y azules que indicaban justo un rango por debajo del de consejero de pleno derecho, un estatus que Ethan iba a elevar en un par de días. La capucha le caía por la espalda, lo que permitía que la suave iluminación naranja se reflejara en la piel negra de su cabeza rapada. La falta de cabello le daba una formidable apariencia esquelética que no era muy habitual entre los miembros de Sueño Vivo, que seguían la moda del pelo largo que prevalecía en Makkathran. Cuando se puso a la altura de Ethan, era casi una cabeza más alto. Esa altura, junto con un rostro que podía mantener una impasibilidad desconcertante, había sido muy útil cuando surgía la necesidad de incomodar a alguien; podía hablar con cualquiera con la mente abierta por completo al campo gaia y, sin embargo, su tono emocional

quedaba siempre fuera del alcance de todos; una vez más, eso no era algo a lo que estuviese acostumbrada la cortés y pasiva comunidad de Sueño Vivo. En la jerarquía del Consejo, Phelim y sus maneras eran unos intrusos incómodos. En privado, Ethan disfrutaba al ver la consternación que generaba su leal adjunto.

El gigantesco salón Malfit estaba lleno de clérigos que comenzaron a aplaudir en cuanto Ethan terminó de bajar las escaleras. El conservador se tomó un momento para saludarlos inclinándose mientras caminaba por la sala, con un suelo de color negro puro; sonreía para dar las gracias a todos y, de vez en cuando, saludaba con la cabeza al reconocer a alguien. Las imágenes del techo arqueado imitaban el cielo de Querencia; el salón Malfit estaba trabado para toda la eternidad en el amanecer, lo que producía una bóveda de color turquesa claro en la que el globo ocre del mundo sólido Nikran bordeaba con suavidad el círculo, magnificado hasta un punto en el que eran visibles las cordilleras y unas cuantas nubes fugaces. El cortejo de Ethan entró en el salón Lilia, cuyo techo albergaba una tormenta perpetua, y su manto hirviente de nubes encendidas se rodeaba de un halo de rayos de un vívido color violeta. Varias brechas intermitentes permitían breves vistazos de los Gemelos de Marte, que pertenecían a la formación del Brazalete de Gicon, pequeños planetas anodinos con una profunda y densa atmósfera roja que protegía su superficie de cualquier posible investigación. Los clérigos de mayor rango estaban reunidos bajo las destellantes nubes. Ethan le dedicó algo más de tiempo a esa sala y murmuró varias palabras de agradecimiento a los que conocía mientras permitía que su mente irradiara suaves oleadas de orgullo al campo gaia.

En la puerta arqueada que llevaba a las habitaciones que utilizaba el alcalde de Makkathran para desempeñar su cargo, Ethan se volvió hacia los consejeros:

—Os agradezco una vez más la confianza que habéis depositado en mí. A aquellos que se mostraron reticentes en su respaldo, les prometo doblar mis esfuerzos para ganarme su apoyo y confianza en los años venideros.

Si a alguno le ofendió aquella despedida, optó por ocultar tales pensamientos del espacio abierto del campo gaia. Solo Ethan y Phelim entraron en los salones privados. Dentro había una serie de magníficos aposentos interconectados. Las pesadas puertas de madera eran tan indiscretas allí como en Makkathran; fuera cual fuera la especie que había diseñado y construido la ciudad original, era obvio que no tenía la psicología necesaria para saber encerrarse. A través del campo gaia, Ethan podía percibir a su personal moviéndose por las salas de recepción que lo rodeaban. El equipo de su predecesor comenzaba a retirarse y sus frágiles emociones y descontento se filtraban por el campo gaia. El traspaso de poderes era por lo general un asunto relajado y afable, pero no esa vez. Ethan quería que su autoridad quedara patente en el palacio del Huerto en cuestión de horas. Antes de que comenzara el cónclave, él ya había preparado un círculo interno de leales a él para que se hicieran cargo de los principales puestos administrativos de Sueño Vivo. Y dado que Ellezelin era una teocracia, también tenía que lidiar con la tarea de aprobar un nuevo gabinete para el gobierno civil del planeta.

Su predecesor, Jalen, había amueblado el sanctasanctorum del alcalde con bloques de paoviol que parecían trozos de piedra que tomaban la forma que se requiriese, un estado intuido a través del campo gaia. Ethan se acomodó en el asiento que se formó detrás de la larga plancha rectangular de escritorio. La insatisfacción se manifestó en

forma de pequeñas chispas de color esmeralda que estallaban como un sarpullido óptico en las superficies de paoviool que lo rodeaban.

—Quiero esta basura moderna fuera de aquí antes de mañana —dijo Ethan.

—Por supuesto —dijo Phelim—. ¿Quieres que se devuelvan a su sitio los muebles de Íñigo?

—No. Quiero esto tal y como nos lo mostró el Caminante de las Aguas.

Phelim esbozó una auténtica sonrisa.

—Mucho mejor.

Ethan miró a su alrededor, el santuario ovalado con las paredes lisas y las altas ventanas. A pesar de lo familiarizado que estaba con aquel aposento, se sentía como si no lo hubiera visto hasta entonces.

—¡Por el amor de Ozzie, lo conseguimos! —exclamó con un largo suspiro de asombro—. Estoy sudando. Sudando de verdad. ¿Te lo puedes creer? —Cuando se llevó la mano a la frente se dio cuenta de que estaba temblando. A pesar de todos los años que se había pasado planeando, trabajando y sacrificándose para ese momento, la realidad de su éxito lo había cogido totalmente por sorpresa. Habían pasado ciento cincuenta años desde que se había infundido las motas gaia para poder experimentar el campo gaia, y en su primera noche de comunión había presenciado el Primer Sueño de Íñigo. Ciento cincuenta años y el reservado adolescente del atrasado mundo externo de Oamaru había alcanzado uno de los cargos más influyentes de la Federación Mayor a los que todavía podía acceder un simple humano natural.

—Eras el que todos querían —dijo Phelim. Permanecía de pie a un lado del escritorio, sin prestar atención a los grandes cubos de paoviool en los que podría haberse sentado.

—Lo hemos hecho juntos.

—Bueno, no nos engañemos. A mí jamás me habrían considerado ni siquiera para el Consejo.

—En circunstancias normales, no. —Ethan volvió a mirar a su alrededor, a su santuario. Comenzaba a asimilar la enormidad de lo que había hecho. Empezó a preguntarse qué aspecto tendría el Vacío cuando pudiera verlo con sus propios ojos. Una vez, décadas antes, había visto a Íñigo. No era que lo hubiese desilusionado, pero el Soñador tampoco había sido lo que él se esperaba. Claro que tampoco estaba muy seguro de cómo debería haber sido el Soñador, más energético y dinámico, quizá.

—¿Quieres empezar? —preguntó Phelim.

—Creo que es lo mejor. El gabinete de Ellezelin lo componen miembros fieles de Sueño Vivo así que puede quedarse como está, con una excepción. Quiero que el secretario de Hacienda seas tú.

—¿Yo?

—Vamos a construir las naves estelares para la Peregrinación, y eso no nos va a salir barato; necesitaremos todos los recursos económicos de la Zona de Libre Mercado para financiar la construcción. Necesito a alguien en Hacienda de quien pueda fiarme.

—Creí que iba a unirme al Consejo.

—Y así es. Te ascenderé mañana mismo.

—Dos puestos de alto rango. Va a tener su interés cuando empiece a compaginar horarios. ¿Y el asiento vacío del Consejo que voy a ocupar yo?

—Voy a pedirle a Corrie-Lyn que considere su cargo.

El rostro de Phelim delató una insinuación de censura.

—No se puede decir que sea tu mayor partidaria en el Consejo, es cierto, pero creo que realmente apoyaría la Peregrinación. ¿Quizá uno de tus colegas menos progresistas...?

—Tiene que ser Corrie-Lyn —dijo Ethan con firmeza—. Los consejeros restantes que se oponen a la Peregrinación están en minoría y podemos ocuparnos de ellos cuando más nos convenga. Nadie va a desafiar mi mandato. Los fieles no lo tolerarían.

—Pues que sea Corrie-Lyn entonces. Esperemos solo que Íñigo no vuelva antes de que lancemos las naves estelares. ¿Sabías que fueron amantes?

—Y solo por eso es consejera. —Ethan entrecerró los ojos—. ¿Seguimos buscando a Íñigo?

—Eso está en manos de nuestros amigos —le dijo Phelim—. Nosotros no disponemos de ese tipo de recursos. No hay ni rastro de él, que hayan informado. Siendo realistas, si tu ascenso al puesto de conservador no lo hace volver dentro del próximo mes, yo diría que podemos respirar tranquilos.

—Mal expresado. Así da la sensación de que hemos hecho algo malo.

—Pero no sabemos por qué Íñigo se mostraba reticente ante la idea de la Peregrinación.

—Íñigo es un ser humano, tiene defectos como todo el mundo. Llámalo falta de valor en el último momento si quieres ser benévolo. En mi opinión, se dedicará a observar los acontecimientos desde alguna parte y a animarnos para que continuemos.

—Eso espero. —Phelim hizo una pausa mientras revisaba la información que se acumulaba en sus exoimágenes; su sombra-u comparaba los datos locales con una visión de conjunto exhaustiva de la elección—. Ha llegado Marius, solicita una audiencia.

—No ha tardado mucho, ¿verdad?

—No. Hay muchas formalidades que te requerirán esta noche. El presidente de la Federación Mayor te llamará para felicitarte, así como los líderes de los planetas del Libre Mercado y docenas de nuestros aliados de los mundos externos.

—¿Cómo va la información de la unisfera?

—Todavía es pronto. —Phelim comprobó los resúmenes que le proporcionaba su sombra-u—. Más o menos lo que nos esperábamos. Algunos exaltados histéricos que claman contra la Peregrinación y que dicen que vas a matarnos a todos. La mayor parte de los presentadores serios están intentando no dejarse llevar y explicar las dificultades que implica. La mayor parte parece considerar la Peregrinación una simple promesa política.

—No existe dificultad alguna para lograr la Peregrinación —dijo Ethan con tono molesto—. He visto el sueño del Señor del Cielo. Es una criatura noble y nos llevará al interior del Vacío. Solo tenemos que localizar al Segundo Soñador. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Hay miles que se presentan aquí afirmando que sueñan con el Señor del Cielo. No nos ayudan en nuestra búsqueda.

—Tienes que encontrarlo.

—Ethan... a nuestros mejores maestros de los sueños les llevó meses reunir los fragmentos existentes para formar el pequeño sueño que tenemos. En este caso creemos que no hay ningún vínculo tan firme como el que tenía Íñigo con el Vacío. Esos fragmentos podrían estar entrando en el campo gaia de formas muy diversas. Portadores que no eran conscientes de los fragmentos, por ejemplo. ¿Llegados directamente del Vacío? Quizá sea el campo galáctico de Ozzie. Y luego está un posible desbordamiento de la Tierra Madre de los silfen o algún otro ser inteligente posfísico que quiere divertirse a nuestra costa. Incluso el propio Íñigo.

—No es Íñigo. Estoy seguro. Sé cómo son sus sueños, los sabemos todos. Esto es diferente. Fui yo el que se sintió atraído por esos primeros fragmentos, acuérdate. Comprendí lo que eran desde el primer momento. Hay un Segundo Soñador.

—Bueno, ahora que eres conservador puedes autorizar una monitorización más detallada de los nidos de confluencia del campo gaia y rastrear así el origen.

—¿Es eso posible? Creía que el campo gaia estaba fuera del alcance de nuestra influencia directa.

—Los maestros de los sueños afirman que pueden hacerlo, sí. Se pueden hacer ciertas modificaciones en los nidos. No será barato.

Ethan suspiró. El cóncave había sido agotador, mentalmente hablando, y eso solo había sido el comienzo.

—Son tantas cosas... Y todas a la vez.

—Ya sabes que estoy aquí para ayudarte.

—Lo sé. Y gracias, amigo mío. Algún día nos encontraremos en la auténtica Makkathran. Algún día haremos que nuestras vidas sean perfectas.

—Muy pronto.

—Por el amor de Ozzie, eso espero. Y ahora dile a Marius que entre, por favor.

Ethan se puso de pie con aire cortés para recibir a su invitado. Que fuera el representante de una facción de ANA la primera persona a la que veía era un gesto muy revelador. No le entusiasmaba demasiado el modo en que Phelim y él habían dependido de Marius durante la campaña que lo había llevado a ser elegido conservador. En un universo ideal, no habrían necesitado ningún tipo de ayuda externa y, desde luego, no una ayuda que suponía tantos compromisos, muchos de ellos muy preocupantes en potencia. Tampoco era que Marius hubiera sugerido en algún momento una especie de *quid pro quo*. Ninguna de las facciones del interior de la inteligencia casi posfísica del sistema de Actividad Neuronal Avanzada (ANA) de la Tierra se atrevería jamás a ser tan directa.

El representante esbozó una sonrisa cortés cuando lo invitaron a entrar. De altura media, tenía un rostro redondo con unos perspicaces ojos verdes enfatizados por unos iris muy amplios. Su espeso cabello cobrizo estaba moteado de oro, sin duda resultado de la vanidad de algún ancestro avanzado. No había nada que indicara sus funciones superiores. Ethan estaba utilizando sus enriquecimientos internos para llevar a cabo un examen pasivo de su invitado y si alguna de las funciones de campo del representante estaba activa, era demasiado sofisticada como para que pudiera percibirse. Cosa que al conservador tampoco le sorprendería demasiado: Marius estaría enriquecido por la biónica más avanzada que existía. El largo traje toga negro del representante generaba su propia neblina superficial, que fluía a su

alrededor como una fina capa de bruma, unos leves zarcillos se deslizaban tras él cuando caminaba.

—Eminencia —dijo Marius, e hizo una reverencia formal—. Mis más sinceras felicitaciones por su elección.

Ethan sonrió. Apenas pudo evitar estremecerse. Todos y cada uno de los instintos primitivos más aguzados que poseía habían captado lo peligroso que era el representante.

—Gracias.

—Estoy aquí para asegurarle que continuaremos apoyando sus objetivos.

—¿Entonces no está preocupado por la reacción de los medios de comunicación a mi anuncio, por el hecho de que nuestra Peregrinación vaya a desencadenar el fin de la galaxia? —Lo que estaba desesperado por preguntar era: ¿quiénes son los que van a continuar apoyándome? Pero había tantas facciones dentro de ANA, que no hacían más que entablar y romper alianzas, que era inútil preguntarlo. Bastaba saber que la facción que Marius representaba quería que la Peregrinación continuara adelante. A Ethan ya le daba igual que las razones de la facción fueran con toda probabilidad la antítesis de las suyas, o que lo consideraran una simple arma política, y tampoco llegaría a saberlo jamás. Lo que importaba era la Peregrinación, llevar a los fieles a su universo prometido; en realidad eso era lo único que importaba. Le daba igual si con eso ayudaba a cumplir el objetivo político de otro, siempre que no interfiriera con el suyo.

—Pues claro que no. —Marius sonrió como si estuvieran compartiendo un chiste privado sobre lo estúpido que era el resto de la humanidad comparada con ellos—. Si ese fuera el caso, los que ya están en el Vacío habrían provocado ese acontecimiento.

—Hay que educar al pueblo. Agradecería su ayuda con eso.

—Haremos lo que podamos, por supuesto. Sin embargo, ambos nos enfrentamos a una cantidad considerable de inercia mental, por no hablar ya de prejuicios.

—Soy muy consciente de ello. La Peregrinación polarizará las opiniones en toda la Federación Mayor.

—Y no solo las de los humanos. Hay un cierto número de especies que están mostrando bastante interés por los acontecimientos.

—El imperio Ociseno. —Ethan lo escupió con todo el desprecio que pudo.

—A los que no se debe subestimar —dijo Marius. No era una auténtica reprimenda.

—Los únicos que me preocupan son los raiel. Son los que han hecho pública su oposición a que cualquiera intente entrar en el Vacío.

—Que es, por supuesto, por lo que nuestra ayuda les será más beneficiosa. Nuestra oferta original sigue en pie: les proporcionaremos ultramotores para las naves de su Peregrinación.

Ethan, estudioso de la historia antigua, supuso que así era como se había sentido el viejo icono religioso Adán cuando le habían ofrecido la famosa manzana.

—¿Y a cambio?

—El statu quo que reina en estos momentos en la Federación Mayor llegará a su fin.

—¿Y eso cómo los beneficia?

—Supervivencia de la especie. La evolución exige el progreso o la extinción.

—Creí que su objetivo sería la trascendencia —dijo Phelim con tono monótono.

Marius no lo miró, sus ojos permanecieron clavados en Ethan.

—¿Y no es eso evolucionar?

—Es una evolución muy drástica —dijo Ethan.

—No se diferencia tanto de las esperanzas que han puesto ustedes en la Peregrinación.

—¿Y por qué no se unen a nosotros, entonces?

Marius respondió con una sonrisa triste.

—Únase usted a nosotros, conservador.

Ethan suspiró.

—Hemos soñado con lo que nos aguarda.

—Ah, así que todo se reduce al viejo problema humano. Arriesgarse a lo desconocido o quedarse con lo cómodo.

—Creo que la frase que busca es: «Más vale lo malo conocido».

—Da igual. Eminencia, seguimos ofreciéndole los ultramotores.

—Que nadie ha visto jamás, en realidad. Ustedes solo lo dan a entender.

—ANA tiende a ser un tanto protectora cuando se trata de sus tecnologías avanzadas. Sin embargo, le aseguro que es real. El ultramotor equivale, como mínimo, al motor utilizado por los raiel, si no es superior.

Ethan intentó no sonreír ante semejante arrogancia.

—Oh, se lo aseguro, conservador —dijo Marius—. ANA no hace este tipo de alardes en vano.

—Estoy seguro. Bueno, ¿y cuándo pueden entregarlos?

—Cuando sus naves estén listas para peregrinar, los motores estarán aquí.

—Y el resto de ANA, las facciones que no están de acuerdo con ustedes, ¿se quedan tan tranquilas y les permiten entregar esta supertecnología sin decir nada?

—A efectos prácticos, sí. Usted no se preocupe por nuestros debates internos.

—Muy bien, acepto su generosa oferta. Por favor, no se ofenda, pero nosotros también nos pondremos a construir nuestros motores más mundanos para las naves, solo por si acaso.

—No esperábamos otra cosa. —Marius volvió a inclinarse y salió de la sala.

Phelim dejó escapar un suave silbido de alivio.

—Así que es eso; no somos más que un factor desencadenante en sus guerras políticas.

Ethan intentó parecer indiferente.

—Si con eso conseguimos lo que queremos, por mí no hay problema.

—Creo que haces bien en no depender solo de ellos. Debemos incluir nuestros propios motores en el programa de construcción.

—Sí. Los equipos de diseño trabajan desde el comienzo sobre esa premisa. —Sus rutinas secundarias empezaron a sacar archivos de las lagunas de almacenamiento de sus racimos macrocelulares—. Entre tanto, comencemos con reuniones y citas más sencillas, ¿de acuerdo?

Aaron atravesó andando el puente de mármol rojo que se arqueaba sobre el canal de las Hermanas, que unía el parque Dorado con el distrito del foso Bajo. El terreno contenía

una franja de simples prados sin edificios, solo recintos para animales comerciales y un par de mercados arcaicos. Se paseó por los senderos serpenteantes iluminados por pequeños faroles de aceite que colgaban de postes y después se adentró en el distrito Ogden. Aquel terreno también estaba formado por praderas pero contenía la mayor parte de los establos de madera de la ciudad, donde la aristocracia guardaba sus caballos y carruajes. Había sido allí donde se había labrado en la muralla la puerta principal de la ciudad.

Las puertas estaban abiertas de par en par cuando pasó mezclado con pequeños grupos de rezagados que regresaban a la extensión urbana del exterior. Makkathran2 estaba rodeada por una franja de tres kilómetros de ancho de parques que la separaba de la inmensa y moderna metrópolis que había surgido a su alrededor en los últimos dos siglos. El gran Makkathran2 se extendía a lo largo de seiscientos kilómetros cuadrados, una red urbana que albergaba dieciséis millones de personas, un noventa y nueve por ciento de las cuales eran devotos seguidores de Sueño Vivo. Se había convertido en la capital de Ellezelin tras arrebatarse el título a la capital original de Riasi después de las elecciones de 3379, que habían devuelto a Sueño Vivo la mayoría en el senado del planeta.

Ningún tipo de transporte mecánico cruzaba el parque; ni taxis terrestres, ni trenes subterráneos, ni siquiera bandas mecánicas para peatones. Por supuesto, tampoco se permitía la entrada de cápsulas en el espacio aéreo de Makkathran2. El razonamiento de Íñigo había sido muy sencillo: a los fieles no les importaría caminar lo que hiciera falta, eso era lo que hacía todo el mundo en Querencia. Quería que la autenticidad fuera el factor gobernante en la ciudadela de su movimiento. Se permitía cruzar el parque a caballo, en Querencia había caballos. Aaron sonrió al pensar en ello cuando cruzó las puertas de la ciudad. Un recuerdo elusivo parpadó como un holograma moribundo. En otro tiempo se había aferrado al cuello de un caballo gigantesco que cruzaba galopando un terreno ondulado. El movimiento era poderoso y rítmico pero, al mismo tiempo, extrañamente relajado. Era como si el caballo estuviese deslizándose en lugar de galopando o avanzando a saltos. Aaron sabía cómo debía fluir con el animal y esbozaba una sonrisa salvaje al salir disparado hacia delante, con el aire estrellándose en su cara y el cabello al viento. Un cielo de un asombroso color azul zafiro brillaba y calentaba el aire sobre él. El caballo tenía un cuerno pequeño y duro en la frente, coronado con la tradicional punta metálica negra.

Aaron gruñó con desdén. Debía de ser un drama de inmersión sensorial al que había accedido en la unisfera. Nada real.

En medio del parque había un risco uniforme. Cuando Aaron llegó a la cima, fue como si cruzara una fisura en el tiempo. Tras él quedaba el perfil pintoresco y arcaico de Makkathran2, bañado en su extraño fulgor naranja, delante tenía las torres modernistas y los pulcros distritos que producían una bruma multicolor que se extendía hasta el horizonte. Las cápsulas de gravedad se deslizaban sin esfuerzo por el aire sobre la ciudad, inmersas en corrientes de tráfico estrictamente mantenidas, largas bandas horizontales de movimiento rápido que terminaban en cruces cicloidales que entrelazaban el tejido de la ciudad en un baile cinético palpitante. En el cielo del sudeste, Aaron pudo ver las luces más brillantes de las naves estelares que entraban y salían deslizándose de la atmósfera, muy por encima del aeropuerto espacial. Una

procesión interminable de grandes naves de carga que le proporcionaban a la ciudad vínculos económicos con los planetas que estaban fuera del alcance de los agujeros de gusano de la Zona oficial de Libre Mercado.

Cuando llegó al borde exterior del parque, le dijo a su sombra-u que llamara a un taxi. Una cápsula de regravidad de color jade se salió sin ruido del enjambre del tráfico del cielo y dilató la puerta. Aaron se acomodó en el banco de delante, donde tenía una buena vista a través del fuselaje unidireccional.

—Hotel Buckingham.

Frunció el ceño cuando la cápsula volvió a hundirse en la amplia corriente que rodeaba la extensión oscura del parque. ¿La orden se la había dado él o su sombra-u?

En el primer cruce, giraron de golpe y se dirigieron al interior de la red urbana. En los bulevares bordeados de árboles que veía más abajo, a los cien metros que marcaba la normativa, había unos cuantos vehículos terrestres recorriendo el asfalto. Entre ellos, había personas montando a caballo. Las bicicletas también eran muy populares. Aaron sacudió la cabeza, divertido.

El hotel Buckingham era un pentágono de treinta plantas ribeteado de balcones y pináculos puntiagudos que se elevaban en cada esquina. Relucía con un tono radiante de color perlado, salvo por sus cientos de ventanas, que eran huecos negros. El tejado era una pequeña franja de selva exuberante. Unas luces diminutas brillaban trémulas entre el follaje allí donde los clientes cenaban y bailaban al aire libre.

El taxi de Aaron lo dejó en la plataforma de llegadas del centro. Tenía una moneda de crédito en el bolsillo que se activaba con su ADN y con eso pagó el viaje. Había un código de crédito cargado en una laguna de almacenamiento macrocelular que podría haber usado, pero la moneda hacía que el viaje fuera más difícil de rastrear. En absoluto imposible, solo fuera del alcance del ciudadano medio. Cuando el taxi despegó de nuevo, Aaron miró las altas paredes monocromáticas que lo cercaban y se sintió expuesto e inquieto.

—¿Figuro en el registro de este sitio? —le preguntó a su sombra-u.

—Sí. Habitación 3088. La suite del ático.

—Entiendo. —Se giró y miró directamente el balcón del ático. Había sabido su ubicación de forma automática—. ¿Y me lo puedo permitir?

—Sí. La suite cuesta mil quinientas libras ellezelinas por noche. Tu moneda de crédito tiene un límite de cinco millones de libras ellezelinas al mes.

—¿Al mes?

—Sí.

—¿Pagadas por quién?

—La moneda está respaldada por una cuenta del Banco Central de Augusta. Los detalles de la cuenta están protegidos.

—¿Y el código de mi crédito personal?

—Lo mismo.

Aaron entró en el vestíbulo.

—Está bien esto de ser rico —dijo para sí.

El ático tenía cinco habitaciones y una pequeña piscina privada. En cuanto Aaron entró en el salón principal, fue a mirarse al espejo. Tenía un rostro mayor que la norma, se

acercaba ya a los treinta. Era dueño de una mata de pelo negro y corto y, por extraño que fuera, unos ojos con un punto violeta en los grises iris. Unos rasgos con cierto toque oriental pero con una piel curtida y una ligera barba de varios días.

Sí, ese soy yo.

La respuesta instintiva lo tranquilizó pero siguió sin darle demasiadas pistas sobre su identidad.

Se acomodó en un amplio sillón que había enfrente de una ventana externa e hizo disminuir la opacidad para contemplar la ciudad de noche y con ella el corazón invisible que había construido Íñigo. Había mucha información en esas estructuras que imitaban a las alienígenas, información que lo ayudaría a encontrar a su presa. No era el tipo de datos que se almacenaban en archivos electrónicos; si fuera tan fácil, a Íñigo ya lo habrían encontrado a esas alturas. No, la información que necesitaba era personal, lo que provocaba unos cuantos problemas únicos de acceso para alguien como él: un no creyente.

Pidió algo de comer al servicio de habitaciones. El hotel era lo bastante pretencioso como para emplear cocineros humanos. Cuando llegó la comida, Aaron pudo apreciar las sutilezas de su preparación; había una diferencia indudable con los productos de las unidades culinarias. Se sentó en el gran sillón y contempló la ciudad mientras comía. Comprendió que cualquier ruta que lo llevara a los clérigos y consejeros de mayor rango tendría complicaciones. Claro que con aquella Peregrinación se le presentaba una oportunidad única. Si iban a volar al Vacío, necesitarían naves, lo que le proporcionaba una tapadera bastante sencilla. Solo quedaba el problema de averiguar qué amistad debería cultivar.

Su sombra-u produjo una extensa lista de clérigos de alto rango, además de proporcionarle cotilleos sobre quién se había aliado con Ethan y quién, tras la elección, iba a pasarse las siguientes décadas fregando los baños del Consejo.

Le llevó media noche pero el nombre estaba allí. Incluso apareció en la página web de las noticias de la ciudad cuando Ethan empezó a reorganizar la jerarquía de Sueño Vivo para adaptarla a su propia política. No era algo obvio pero tenía mucho potencial: Corrie-Lyn.

La caja de la mensajería llegó al apartamento de Troblum una hora antes de que tuviera que hacer su presentación ante el panel de revisión de la Marina. Se envolvió en un manto y salió al ascensor de cristal del vestíbulo mientras la tela esmeralda se ajustaba a su volumen. Los antiguos sistemas mecánicos zumbaron y traquetearon cuando el ascensor comenzó a bajar con suavidad. No eran del todo originales, claro está; técnicamente hablando, el edificio entero databa de más de mil trescientos cincuenta años atrás. Durante ese tiempo se habían hecho un buen número de renovaciones y restauraciones. Después, quinientos años atrás, se había instalado un generador de campos estabilizadores que mantenía intactos los vínculos moleculares dentro de los antiquísimos ladrillos, vigas y planchas de compuesto que formaban el cuerpo principal del edificio. En esencia, siempre que hubiera electricidad para mantener conectado el generador, se podía mantener la entropía a raya.